

CAPÍTULO I

La noche del ocho de Julio en Madrid fue especialmente calurosa, quizás por eso Alfredo no fue capaz de conciliar el sueño más que un par de horas. El hecho de asistir al día siguiente a un importante juicio en Berlín ayudó más bien poco a su relajación. No se desplazaría a Berlín en calidad de acusado, lo haría en condición de abogado de la acusación particular en el juicio que se celebra en referencia a un caso que lleva sin sentencia más de setenta años, desde la segunda guerra mundial para ser exactos.

Estaba algo nervioso debido poco tiempo que había entre la llegada del vuelo y el comienzo del juicio. Eso le estresaba, aunque estos nervios eran insignificantes comparados con los que le provocaba el tener que representar a sus defendidos en un país que no era el suyo y en un idioma, el Inglés, que aunque no desconocía, no dominaba al cien por cien. Realmente pensaba que el juicio quedaría visto para sentencia en cuanto presentase las pruebas de las que disponía. Todo en principio debería de ser fácil y rápido, ante unas pruebas tan contrastadas y fehacientes no habría nada que hacer, aunque como en este caso, el acusado fuese el mismísimo gobierno de Alemania.

Lo veía muy fácil, es verdad, pero tenía una extraña sensación agarrada a su estómago que hasta bien pasadas las cuatro de la mañana no le dejó pegar ojo.

A las doce y media tomó un relajante muscular, remedio al que acudía cuando sabía que el día siguiente sería especialmente movido, pero

ni por esas. A las dos se levantó a fumar un cigarro a ver si así calmaba algo sus nervios y la vigilia se transformaba en somnolencia, pero tampoco consiguió nada. Probó a acostarse en la habitación para los invitados, en la que el sol no pegaba durante todo el día, y en la que posiblemente habría unos tres o cuatro grados menos que en la suya, pero también fue inútil. El sofá y la televisión consiguieron que alrededor de las cuatro y media, Alfredo cayese rendido en una postura bastante incómoda.

Llegó la hora de levantarse para tomar el vuelo hacia Berlín. El café fue su mejor aliado. Casi llenó una taza grande del tipo de las que usan los presentadores de los shows nocturnos de la televisión americana. La cantidad en cualquier caso era grande, la pregunta era si sería suficiente.

Mientras tomaba la vasta dosis, repasaba punto por punto lo que sería el orden del día en el juicio. Durante las dos últimas semanas había estado encerrado literalmente en su casa, aislado del mundo exterior solamente para poder preparar concienzudamente el juicio al que en sólo unas horas se iba a enfrentar y en el que tenía mucho que perder y poco que ganar.

Desayunó, se duchó, recogió los bártulos y salió a toda prisa hacia el aeropuerto, no había tiempo que perder.

Dejó el coche en el aparcamiento de la terminal, dando por hecho que en menos de tres días el juicio estaría visto para sentencia. Más le valía, pues de no ser así tendría que rascarse el bolsillo para abonar la factura del parking.

Aunque un abogado no debería de tener excesivos problemas económicos, éste no era el caso de Alfredo, quien después de terminar como el rosario de la aurora con su anterior socio, había decidido montárselo por su cuenta y formar su propio bufete de abogados. En estos tiempos de crisis que corren, trabajar por cuenta propia es un riesgo que a Alfredo le estaba saliendo bastante caro. Solamente el alquiler del despacho en pleno centro de Madrid le costaba más de dos mil euros, eso sin contar con el sueldo de sus dos colaboradores, que aunque recién salidos de la universidad, no hacían precisamente su trabajo por amor al arte. La demanda de casos no era grande y la competencia era feroz. Si su-

mamos todos estos datos, nos quedamos con una cuenta corriente que a principio del mes como estábamos en esas fechas, reflejaba un saldo positivo de ochocientos cuarenta y dos euros. No es mucho para ser un empresario, ¿verdad?

«Quizás este caso sea el espaldarazo a mi carrera» — pensaba él.

La verdad es que pintaba bastante bien, como diría un castizo, se lo habían puesto a huevo, pues en caso de conseguir su propósito, los clientes le pagarían más de quince mil euros. Éste mismo juicio que Alfredo pretendía ganar de manera tan fácil y rápida, ya había sido celebrado en otras dos ocasiones con la misma suerte para sus defendidos. En ambos juicios el ganador fue el gobierno alemán, quizás por eso estaban dispuestos a pagar una suma tan alta por un caso que con seis mil euros más las dietas, en circunstancias normales, sería la cantidad más justa a recibir por el defensor.

Después de esperar pacientemente la cola para facturar su maleta, aprovechó la hora escasa que faltaba para embarcar y se tomó otro café en la cafetería del aeropuerto. Como no quería llegar a Berlín hecho un manojo de nervios, la dosis ahora fue más reducida, por no hablar de la densidad. El café estaba aguado, claro como el agua de un arroyo, lo que le condujo a buscar el baño más cercano de manera urgente. Después de la evacuación, se dirigió a la puerta de embarque C38. Gracias al importe extra que pagó, embarcó en tercer lugar y esperó sentado dentro del avión, mientras el resto del pasaje, iba ocupando a cuentagotas los ciento setenta y cuatro asientos del Airbus trescientos veinte en el que iban a viajar.

«Hoy va a ser un gran día, hoy va a ser un gran día» — repetía Alfredo una y otra vez unas palabras, que aunque apenas audibles, a su compañero de asiento le parecían una oración.

El asiento que le habían asignado era el siete b. Al ver que la plaza contigua a la suya estaba desocupada, decidió sentarse allí, así podría mirar por la ventanilla y distraerse. Solía pedir ventanilla cada vez que tomaba un avión, pero ésta vez olvidó preguntar si quedaba alguna libre. Tampoco la señorita que lo atendió en facturación tuvo la delicadeza de preguntar si tenía alguna preferencia, y sin consultar, le asignó

el primer sitio que encontró libre al ver el mapa de asientos del avión desplegado en la pantalla del monitor. El sueño que sus ojeras denotaban y la sensación de estar siendo explotada por una compañía de vuelos de bajo coste hacía que Lara Vilches, así ponía en su tarjeta de identificación aeroportuaria, no se tomase el más mínimo interés en ninguno de los cientos de individuos a los que atendía diariamente detrás de aquel mostrador de facturación. Alfredo no fue una excepción.

Una vez se sintió medianamente cómodo en aquel rígido e inmóvil asiento, cerró los ojos e intentó que el sueño le sobreviniese.

Los pensamientos, cada vez más densos e inconexos, daban paso al placentero estado en el que poco a poco empezaba a sumergirse.

— ¿Me permite caballero?

Una voz que él escuchó desde muy lejos, casi como proveniente de otro mundo, le hizo subir varios estados de consciencia en un segundo.

— Perdona, pensaba que no estaba ocupado — se disculpó el soñoliento Alfredo, quien rápidamente se cambió al asiento asignado para él, y contrayendo las piernas, dejó paso al afortunado joven que ocuparía el asiento siete a. Los aviones de las compañías de bajo coste no están diseñados para personas con las piernas largas, como en el caso del abogado, aunque los cincuenta y cinco euros que costó el billete bien merecían pasar un par de horas sin cambiar de postura.

El joven, con grandes auriculares de los que salía algo a lo que algunos llaman música, sonrió sin creerse la pequeña falacia y levantó el pulgar derecho en señal de aceptación.

La gente seguía entrando al avión, ahora ya a intervalos de tiempo más largos, pues solamente quedaban por llegar los más despistados que se paran a comprar artículos prescindibles en las tiendas duty free, olvidando que sus vuelos están a punto de partir y haciendo esperar a veces al resto del pasaje. Alfredo giró la cabeza para ver cuántos asientos desocupados quedaban. Se hizo una idea del tiempo que le restaba al avión para cerrar sus puertas y así comenzar un viaje de trabajo, que aunque él todavía no era consciente de ello, marcaría un antes y un después en su vida. Decidió que cinco minutos era la cifra de tiempo estimada para que el avión por fin comenzara a moverse. Volvió a ponerse

cómodo, dejando que sus ojos se cerrasen poquito a poco vencidos por el repentino cansancio. Justo antes de cerrarlos, se encontró en el respaldo del asiento de delante una frase que aparece en todos y cada uno de los aviones comerciales del mundo, pero que a él en un principio no le diría nada a pesar de ser conocedor del idioma Inglés. Era una de esas frases que en apariencia la mente asimila sin dar importancia, posiblemente debido a la gran cantidad de veces que ha procesado el contenido de la información.

«Life vest under your seat».

Todo el mundo sabe que el chaleco salvavidas se encuentra bajo los asientos, hasta ahí nada nuevo.

Pasaban los segundos y la última palabra de la frase permanecía indeleble en la oscuridad de los pensamientos de Alfredo, quien con los ojos cerrados, veía la palabra «seat» pasarse delante de su inconsciente. Lo más parecido a esta situación es cuando uno mira hacia el sol, luego cierra los ojos y el sol sigue brillando en la oscuridad de la ceguera momentánea.

Como preso de un ataque de pánico sufrido por un aerófono, salió del avión a toda prisa, olvidando incluso su cazadora, abandonada ésta a su suerte en el compartimento para almacenar maletas que se encuentra encima de los asientos del avión.

Aquella palabra le hizo abandonar la aeronave al terminar de leer la citada frase, y es que «seat» para él no significaba asiento, sino la marca de su coche, un turismo modelo Seat Toledo que había dejado aparcado en parking de la terminal con un maletín en su interior que portaba unos importantes documentos relacionados con el juicio al que estaba a punto de acudir.

La sobrecarga intentó preguntarle adónde iba, pero él ni si quiera la escuchó. Tanto fue así, que al pasar a su lado, a punto estuvo de derramar el café que ésta portaba. Sin entender muy bien lo que ocurría, la chica volvió a insistir desde la misma puerta del avión:

— ¡Caballero!, ¿Adónde va?, ¡El avión está a punto de cerrar puertas!

— ¡Espérenme por favor! — gritó Alfredo desde la parte de arriba de la pasarela que une la terminal con el avión, casi ya en la puerta de embarque.